

Antonio Rubial García

“Construyendo el paraíso o cubriendo necesidades: las imágenes milagrosas de la ciudad de México en el *Zodiaco mariano* (1600-1755)”

p. 293-314

De la historia económica a la historia social y cultural.

Homenaje a Gisela von Wobeser

María del Pilar Martínez López-Cano (coordinación)

Ciudad de México

Universidad Nacional Autónoma de México,
Instituto de Investigaciones Históricas

2015

360 p.

Ilustraciones, cuadros

ISBN 978-607-02-7457-2

Formato: PDF

Publicado: día mes año

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/homenaje/von_wobeser.html



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

DR © 2016, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

CONSTRUYENDO EL PARAÍSO O CUBRIENDO NECESIDADES
LAS IMÁGENES MILAGROSAS DE LA CIUDAD DE MÉXICO
EN *EL ZODIACO MARIANO* (1600-1755)

ANTONIO RUBIAL GARCÍA
Universidad Nacional Autónoma de México
Facultad de Filosofía y Letras

A fines del siglo XVII el jesuita criollo Francisco Florencia desarrolló una impresionante actividad editorial dirigida a mostrar los favores celestiales que las imágenes milagrosas estaban realizando en el territorio novohispano. Un viaje a España e Italia y el constatar el gran potencial que tenía la propaganda de esos prodigios lo había incitado a desarrollar tal proyecto.¹ Su obra póstuma, el *Zodiaco mariano*, una enciclopedia sobre las representaciones de la Virgen que se veneraban en el reino, quedó inconclusa con su muerte, pero fue continuada por otro jesuita, el neogranadino Juan Antonio de Oviedo, quien la publicó finalmente en 1755.² Dicho texto dedica toda su segunda parte a 33 imágenes marianas de la ciudad de México y muestra una interesante perspectiva de la religiosidad capitalina a lo largo de 150 años.

La lista comienza con los dos santuarios mayores extramuros de la capital, Los Remedios y Guadalupe, sobre los que Florencia ya había escrito y publicado sendos tratados. Después de estas imágenes, que están en un nivel superior, los autores dan una pormenorizada narración de los prodigios de otras seis de menor importancia, pero igualmente milagrosas, que se encontraban en algunos templos capitalinos y que denominaremos de segundo nivel. Por último, en tres capítulos misceláneos, se describen otras

¹ Véase Jason Dyck, *The Sacred Historian's Craft: Francisco de Florencia and Creole Identity in Seventeenth-Century New Spain*, tesis de doctorado en Filosofía, Toronto, University of Toronto, Graduate Department of History, 2012.

² Francisco de Florencia y Juan Antonio de Oviedo, *Zodiaco Mariano*, Imprenta del Colegio de San Ildefonso, México, 1755. (Edición moderna de Antonio Rubial, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México, 1995).

25 imágenes distribuidas de manera aleatoria y que podríamos considerar en un tercer nivel: un apartado especial está dedicado a las diez que estaban en los templos anexos a los centros educativos de la Compañía de Jesús (San Gregorio, La Profesa y San Pedro y San Pablo); y en dos secciones más se describen las otras quince localizadas en diversas iglesias conventuales. Cabe señalar que una parte de esta lista está basada en la que aparece en la obra del mercedario fray Luis de Cisneros sobre la virgen de los Remedios que fue editada en 1621.³

Es notable que la mayoría de esas imágenes del segundo y tercer nivel (29) se encontraban en las iglesias de la traza urbana (es decir de la ciudad de los españoles) y que, salvo tres que estaban en la catedral y otras tres en templos anexos a hospitales, la gran mayoría pertenecieran a conventos de monjas (7) o a establecimientos de religiosos, incluidos los jesuitas (18). De estas imágenes me interesa resaltar sobre todo la presencia de las únicas cuatro que se encontraban en barrios indígenas, es decir en las zonas pobres de la ciudad. A pesar de su marginalidad, Florencia y Oviedo le dieron un papel muy destacado a esos cuatro “santuarios” y sus imágenes fueron descritas en capítulos especiales de esa sección que he denominado “de segundo nivel”, junto con las vírgenes del Rosario y La Merced, situadas respectivamente en los prestigiados templos de los dominicos y los mercedarios.

Incluso Francisco de Florencia puso a dos de esas imágenes a la altura de las de los grandes santuarios capitalinos en su conocida tesis de los cuatro baluartes: “Es digno de notar que [la ciudad de México] está fabricada en medio de cuatro prodigiosas imágenes de María. Porque a la parte del norte en distancia de una legua está el celeberrimo santuario de Nuestra Señora de Guadalupe; el de Nuestra Señora de los Remedios distante dos leguas de la ciudad hacia el poniente; el de Nuestra Señora de la Bala, poco distante de la misma ciudad hacia el oriente; y el de Nuestra Señora de la Piedad hacia el sur o mediodía, distante una legua”.⁴ El objeto de este trabajo será analizar cómo se dio la promoción de estas dos últimas imágenes, y de tres más del ámbito franciscano: Nuestra Señora de la Consolación, Santa María la Redonda y la virgen de la Macana. Además de su relación con los barrios indígenas, estas eran unas

³ Luis de Cisneros, *Historia de el principio y origen, progresos, venidas a México y milagros de la imagen de Nuestra Señora de los Remedios...*, [1621], edición, introducción y notas de Francisco Miranda, Zamora, Colegio de Michoacán, 1999, p. 38 y ss.

⁴ *Ibidem*, p. 83.



de las pocas de la lista que presentaban un origen milagroso pues, salvo la de La Merced, una Inmaculada en el templo de San Pedro y San Pablo de los jesuitas y una virgen de Guadalupe en la iglesia de las jerónimas, a ninguna otra se le señala un prodigio como principio de su actividad taumatúrgica.⁵

Otra característica común a estas cinco imágenes fue que alrededor de ellas se produjeron notables fenómenos de culto como procesiones por la ciudad, rogativas en ocasiones catastróficas, edición de grabados, novenarios y tratados aparicionistas, afluencia constante de peregrinos y creación de hermandades y cofradías para promover su devoción. Por último, y muy relacionado con lo anterior, la presencia de tales íconos trajo como consecuencia la remodelación del templo donde se encontraban o la construcción de un nuevo retablo o de una capilla anexa a él.

La Virgen de la Bala

En 1571 el médico y filántropo Pedro López conseguía licencia para refundar el hospital de leprosos de San Lázaro, una institución creada por Hernán Cortés que ya estaba abandonada, en el extremo oriental de la capital. Anexo al nuevo nosocomio se construyó una capilla donde se veneraba al patrono, San Lázaro, y a Nuestra Señora de la O, una advocación sevillana de la Inmaculada Concepción, bajo cuya protección se ponían todos los hospitales. Ninguna noticia del siglo XVI permite verificar la noticia que da el primer cronista del santuario, Francisco de Florencia, sobre la solicitud que hizo Pedro López a los habitantes de Iztapalapa para que le cedieran la imagen de la virgen de la Bala para la capilla de su hospital. Lo más probable es que la imagen arribó a dicha institución en las primeras décadas del siglo XVII, no antes de 1621 pues esta imagen no es mencionada en la lista de fray Luis de Cisneros. La nueva Inmaculada sustituyó a la antigua devoción a la virgen de la O y con ella también llegaron abundantes limosnas con las que el pobre hospital de los leprosos pudo sobrevivir.

⁵ La escultura de la virgen de la Merced llegó a la ciudad procedente de Guatemala sólo con un letrado que decía “Quién te encaminare a México, Dios lo encamine”; la narración sacada de Cisneros no pretende dar el hecho por milagroso. La Inmaculada del colegio de los jesuitas había sido traída de la capilla de la hacienda de Xalmolonga (cercana a Malinalco), después de haber sudado y haber sido objeto de un “piadoso” robo. Por último, la virgen de Guadalupe del templo de San Jerónimo se mantuvo incorrupta a pesar de estar sumergida en agua y lodo en un sótano. *Ibidem*, p. 132 y ss., 148 y ss., 167.

Como lo ha demostrado Naín Alejandro Ruiz, para mediados de la centuria el culto se había extendido de manera sorprendente pues desde 1660 existe documentación sobre una cofradía de la virgen de la Bala que se hacía cargo de las fiestas de la imagen y del hospital y que solventaba las exequias de los cofrades. Dicha hermandad se hacía cargo de la celebración más importante, el día de la Candelaria el 2 de febrero, pero también se hacían festejos el 8 de septiembre para el día de la Natividad, el 8 de diciembre por la Inmaculada y el 18 del mismo mes para la Expectación. En la Noche Buena la imagen recorría el barrio acompañada de clarineros, linternas y luminarias y por un gran número de fieles que incluía a muchos sacerdotes.⁶

No es por tanto gratuito que Florencia la considerara el cuarto baluarte de la ciudad y que fuera el primero en dar una relación pormenorizada de sus orígenes. Narra el cronista que en el pueblo de Iztapalapa vivía una pareja, “con gran paz y mutuo amor”, hasta que el demonio “consiguió sembrar en ellos la cizaña de la discordia” encendiendo en el marido “el infernal fuego de los celos”. Un día corrió tras su mujer con una pistola para matarla y esta, para protegerse, interpuso una imagen de la Virgen que detuvo la bala con su peana. El portento, que le dio su nombre a la escultura, se extendió por el pueblo que la comenzó a venerar hasta que Pedro López la trajo a la capilla de su hospital. Florencia narra también cómo la imagen era llevada desde San Lázaro a las casas particulares para curar enfermos y que el santuario poseía muchos exvotos con los milagros que había realizado.⁷

Además de la cofradía, fueron grandes benefactores del templo los descendientes del doctor Pedro López, sobre todo varios sacerdotes de la familia Picazo, uno de los cuales, el rico y dadivoso clérigo Buenaventura Medina Picazo, se hizo cargo de la remodelación del templo y del convento, encargando al arquitecto Miguel Custodio Durán una suntuosa iglesia que incluía un espacioso camarín coronado por una soberbia cúpula octogonal. El mismo mecenas mandó al pintor Nicolás Rodríguez Juárez decorar dicho camarín con alusiones a la virgen de la Bala y a san Juan de Dios, recientemente canonizado. Esta obra era una de las más ricas y suntuosas de la capital.⁸ Poco después Buenaventura Medina Picazo traspasó el

⁶ Naín Alejandro Ruiz Jaramillo, *Nuestra Señora de la Bala, Virgen protectora del Oriente de la Ciudad de México*, tesis de licenciatura en Historia, México, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional Autónoma de México, 2007, p. 78.

⁷ Florencia y Oviedo, *Zodiaco...*, p. 130 y ss.

⁸ María Cristina Montoya Rivero, *El clero secular y el patronazgo de obras de arte en la Nueva España: Tres estudios de caso*, tesis de maestría en Historia del Arte, México, Facultad de Filosofía y Letras, División de Estudios de Posgrado, 2001, p. 168 y ss.



patronazgo a la orden de San Juan de Dios que se hizo cargo del hospital en el siglo XVIII. Para entonces una nueva imagen se había asentado en el templo, a la cual en 1738 se le había hecho un pequeño altar al lado de la de la Virgen: el santo Crucifijo del Balazo.⁹ Una leyenda remontaba el hecho a la rebelión de 1692 cuando una bala perdida traspasó la pierna derecha del Crucifijo colgado en la escalera del hospital, el cual sin ningún motivo se cayó de su sitio en 1738. La cofradía interpretó el suceso como una señal.¹⁰

Al igual que pasó con las otras imágenes milagrosas que estudiamos, la epidemia de 1737 dio un gran impulso a la devoción a la virgen de la Bala. Cayetano Cabrera y Quintero, en su *Escudo de Armas de la Ciudad de México*, menciona que la Archicofradía de la Santísima Trinidad, muy devota de la virgen de la Bala, trajo la imagen a su iglesia y de ahí a la de Santa Inés y hasta la catedral. A partir de esta procesión el cronista narra por primera vez el milagro de una mujer que resucitó mientras era velada, milagro acontecido en el siglo XVI cuando la imagen, en espera de que la capilla del hospital se concluyera, fue depositada en la Santísima Trinidad.¹¹

A fines del siglo XVIII Mariano Fernández de Echeverría y Veitia dejaba una extensa noticia de esta imagen en el texto conocido como *Baluartes de México*, obra que no se imprimió sino hasta 1820 a instancias de su hijo, el carmelita descalzo fray Antonio María de San José. Aunque en lo esencial su narración es bastante cercana a la que da el *Zodiaco mariano*, este autor difundió una ligera variante sobre el milagro: “El marido, ciego de su enojo, disparó la pistola, y pasando la bala por sobre la cabeza de la mujer sin hacerle daño, fue a dar a medio de la peana de la santa imagen, donde se encajó y quedó como se ve el día de hoy, sin astillar ni maltratar la peana, sino que parece que al propósito se engastó en ella de un modo tan particular, que aunque se mueve y da vuelta en redondo, no ha sido posible jamás desencajarla de ahí”.¹²

⁹ Juan Francisco Sahagún de Arévalo y Juan Ignacio Castorena y Ursúa, *Gaceta de México*, v. 3, introducción de Francisco González de Cosío, México, Secretaría de Educación Pública, 1949-1950. Gaceta del 19 de octubre de 1738, v. III, p. 136.

¹⁰ Ruiz Jaramillo, “Nuestra Señora...”, p. 92 y ss.

¹¹ Cayetano Cabrera Quintero, *Escudo de Armas de la Ciudad de México*, México, Instituto Mexicano del Seguro Social, 1981, p. 155 y ss.

¹² Mariano Fernández de Echeverría y Veitia, *Descripción histórica de las cuatro milagrosas imágenes de Nuestra Señora, que se veneran en la muy noble, leal e imperial ciudad de México, capital de la Nueva España, a los cuatro vientos principales, en sus extramuros y de sus magníficos santuarios*, México, Imprenta de Alejandro Valdés, 1820, p. 87 y ss.



En marzo de 1595 los dominicos fundaron una vicaría bajo la advocación de la virgen de la Piedad en las afueras de la ciudad de México, en un poblado rodeado de estancias ganaderas llamado Santa María Atlixuca; el pueblo se encontraba al inicio de una calzada reconstruida en 1604 que comunicaba tierra firme con la isla de Tenochtitlan y era un importante paso para quienes iban a Coyoacán, Mexicalcingo o Tacubaya.¹³ El convento y la calzada propiciaron que varias familias de la capital fijaran su residencia en sus alrededores.¹⁴ La vicaría se construyó en un anexo al templo donde había vivido el ermitaño Juan González a quien se atribuían varios milagros, como la conversión del agua salobre de una fuente cercana en dulce y potable.¹⁵ La fundación fue auspiciada por el padre fray Cristóbal de Ortega, quien como confesor del virrey Luis de Velasco el segundo, obtuvo la concesión de la casa para su orden. En 1605 la vicaría había crecido en importancia y en el número de sus frailes y era convertida en priorato.¹⁶

El cronista de la provincia de Santiago, fray Hernando Ojea, señalaba en 1608 que tres religiosos habían fundado el establecimiento, “muy conforme a la observancia y rigor de nuestras constituciones [...] en mucho recogimiento, ayunos y oración”, y agregaba que los frailes vivían “de limosna y sin propios”.¹⁷ El fue también el primero en mencionar la existencia de una milagrosa imagen de la Virgen a los pies de la cruz, una Dolorosa, venerada en el templo del convento dominico de La Piedad. Es muy significativo que una comunidad “recoleta”, que no tenía administración religiosa y que vivía de limosnas, fuera la principal beneficiada de los favores de la imagen.

¹³ Para la evolución del culto a esta imagen se puede consultar a María Fernanda Mora Reyes, *Orígenes del santuario de Nuestra Señora de la Piedad de la ciudad de México, 1595-1652*, México, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional Autónoma de México, 2015 (tesis de licenciatura en Historia).

¹⁴ Manuel Rivera Cambas, *México pintoresco, artístico y monumental*, 3 v., México, Imprenta de la Reforma, 1880, v. II, p. 391.

¹⁵ Alonso Franco y Ortega, *Segunda Parte de la Historia de la Provincia de Santiago de México Orden de Predicadores en la Nueva España, [1645]*. México, Imprenta del Museo Nacional, 1900, p. 107 y ss.

¹⁶ *Ibidem*, p. 117.

¹⁷ Hernando Ojea, *Libro tercero de la historia religiosa de la provincia de México de la orden de Santo Domingo*, edición de José Rubén Romero, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2007, p.160.



En 1614 la actividad milagrosa del cuadro llevó a fray Jerónimo Rubión, prior de la casa, a solicitar el apoyo del recién llegado arzobispo Juan Pérez de la Serna para levantar una información sobre algunos milagros. El prelado se distinguiría a futuro como gran difusor y promotor de los santuarios de Guadalupe y los Remedios y auspiciaría el traslado del Cristo de Ixmiquilpan al templo de las carmelitas descalzas que él fundaría. Unos años después también tendría fuertes enfrentamientos con las órdenes religiosas, pero recién llegado a su sede, y todavía en buenas relaciones con los frailes, Pérez de la Serna envió al secretario del arzobispado, Domingo de Ocaña Ramírez, para que examinara las informaciones con las presentadas por diversos testigos. Dicho licenciado aprobó el 24 de octubre del mismo año el proceso y, de esa forma, se permitió que se publicasen los milagros de la Virgen y que se hicieran estampas.¹⁸ El culto ya estaba plenamente asentado para 1621, como lo informaba el mercedario fray Luis de Cisneros, quien señalaba que al santuario concurría “toda la ciudad con novenas y peregrinaciones, en todas sus necesidades”, especialmente los sábados de Cuaresma, llegando de todas partes a pie, “con dones de cera, limosnas y misas”, para obtener las numerosas indulgencias que se le habían concedido.¹⁹

El cronista dominico fray Alonso Franco, en 1645, hablaba de esas indulgencias y señalaba que la ermita estaba hermanada a la basílica de San Juan de Letrán en Roma; hacía también una relación de las milagrosas curaciones realizadas por el agua del santuario y de las personas que habían sido libradas de las embestidas de los toros bravos en sus cercanías; daba asimismo una descripción de la imagen cuya contemplación provocaba “un grave dolor, singular piedad, compasión y sentimiento del alma”. Por último, detallaba que en el convento, como en toda la provincia, se rezaba con solemnidad a esa advocación, se hacía fiesta doble, especialmente en la celebración principal, el día de la Piedad, en el sábado anterior al Domingo de Ramos.²⁰

Para mediados de la centuria la presencia del santuario en esa zona era ya tan importante, que el nombre indígena de Atlixuca había desaparecido y todo el mundo lo conocía como el pueblo de La Piedad. Para entonces, las limosnas que recibía el santuario eran tan abundantes que en 1652 los dominicos inauguraban un nuevo

¹⁸ Alonso Franco y Ortega, “Segunda Parte...”, p. 108 y ss.

¹⁹ Luis de Cisneros, “Historia de el principio...”, p. 38.

²⁰ Franco, *op. cit.*, .p. 108.

gunos cuadros que la tomaron como modelo. Basten para demostrarlo dos ejemplos: en el Museo Regional de Querétaro se encuentra una pintura de La Piedad sacada del original, obra de Juan Correa, lo que nos habla de la presencia de devotos que buscaban poseer una reproducción de tanpreciado y milagroso ícono.²⁵ Otro ejemplo se encuentra en el transepto de la catedral de México, donde la pintura oval realizada por Miguel Cabrera en el siglo XVIII bajo el título de Reina de los Ángeles ha tomado como modelo precisamente la virgen del santuario de La Piedad.²⁶ Esta presencia motivó su enriquecimiento pues muchos mercaderes y nobles llenaron al santuario de joyas, retablos y pinturas. Cayetano Cabrera Quintero señala que el virrey duque de Linares, además de mandar pintar su bóveda, ordenó la fundición de muchos marcos de plata para “una reja de este metal precioso con que adornó su presbiterio”.²⁷

Nuestra Señora de la Consolación o del Valle en San Cosme

A las afueras de la ciudad de México, sobre la calzada de Tlacopan y a un costado del acueducto que traía el agua desde Chapultepec se encontraba una pequeña ermita dedicada a los santos médicos Cosme y Damián. A fray Juan de Zumárraga se atribuye esa fundación anexa a un hospital de indios forasteros, de ahí la advocación, pero para mediados del siglo XVI la capilla y el hospital estaban abandonados. En 1581 el arzobispo Pedro Moya de Contreras cedió estas instalaciones a los franciscanos descalzos como un hospicio para albergar a los misioneros que iban en tránsito hacia las islas Filipinas. Cuando estos religiosos se asentaron definitivamente en la ciudad abandonaron San Cosme para ir a su nuevo convento de San Diego frente a la Alameda en 1594. Fue entonces que los franciscanos calzados tomaron la ermita bajo su administración y la convirtieron en una “ayuda de parroquia”.²⁸ Es muy probable que

²⁵ Gustavo Curiel, “Nuestra Señora de los Dolores y Nuestra Señora de la Piedad”, en Elisa Vargas Lugo y José Guadalupe Victoria (coords.), *Juan Correa, su vida y su obra*, v. 4, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Estéticas, v. IV, p. 189 y ss. Este libro trae otros ejemplos similares.

²⁶ Una reproducción de este cuadro se encuentra en *Catedral de México, patrimonio artístico y cultural*, México, Secretaría de Desarrollo Urbano y Ecología, Fomento Cultural Banamex, 1986, p. 123.

²⁷ Cayetano Cabrera Quintero, *Escudo de Armas...*, p. 147.

²⁸ Antonio García Cubas, *El libro de mis recuerdos. Narraciones históricas, anecdóticas y de costumbres mexicanas anteriores al actual estado social*, México, Imprenta Antonio García Cubas, 1904, p. 119.

de esta época provenga la imagen de la virgen del Valle la cual en 1621 ya tenía fama de milagrosa como nos lo hace saber fray Luis de Cisneros: “Tiene el convento de San Cosme de la orden de N.P. San Francisco, que dista de México media legua por la parte del poniente, una devota imagen que llaman del Valle, de gran devoción y de las ordinarias que esta ciudad tiene para sus necesidades”.²⁹

Muy posiblemente la afluencia de peregrinos movió a los franciscanos a fundar en esa ermita y convento su primera casa recoleta bajo el título de Nuestra Señora de la Consolación. En 1667, obedeciendo las patentes de los superiores, el comisario fray Hernando de la Rúa eligió San Cosme para que algunos religiosos se retiraran ahí a hacer vida de clausura, oración y penitencia y sin distracciones de administración parroquial. San Cosme era el lugar ideal pues las limosnas llegaban gracias a la imagen y los frailes no tendrían que decir misas, ni bautizar, ni confesar. El arzobispo fray Payo de Ribera ordenó que la administración de los naturales pasara al convento de San Antonio de las Huertas y ayudó con limosnas a la fundación.³⁰ El guardián de la nueva casa de recolección, los discretos y el síndico eligieron patrono al rico mercader Domingo de Cantabrana, que se haría cargo de las necesidades de los frailes y con su ayuda el templo fue reconstruido, dedicándose el 13 de enero de 1675.³¹ A fines del siglo XVII vivían en el convento cerca de 30 religiosos.

La presencia de los recoletos hizo necesaria una elaboración de los orígenes milagrosos de la imagen. Dos cronistas franciscanos criollos, el descalzo fray Baltasar de Medina (1683) y el calzado fray Agustín de Vetancurt (1698), dejaron noticia de los prodigiosos hechos en sus respectivas crónicas. La madre de una niña caída en un pozo había puesto una imagen de la Virgen en el pretil para salvar a su hija y al momento las aguas del pozo subieron y la escultura inclinó la cabeza y alargó su mano para sacar a la criatura. Vetancurt explicaba que el marqués del Valle, cuyas huertas estaban cercanas a San Cosme, tomó bajo su protección el santuario y su devoción le dio el título a la imagen venerada “en el altar mayor entre cristales”.³² Medina, en cambio, señalaba que la madre ofreció la imagen a alguna iglesia que la quisiera y se desató una disputa

²⁹ Luis de Cisneros, “Historia de el principio...”, p. 38.

³⁰ Agustín de Vetancurt, *Teatro mexicano, Crónica de la provincia del Santo Evangelio de México*, edición facsimilar de la de 1698, México, Porrúa, 1982, p. 65, 75, 81 y 84.

³¹ Antonio de Robles, *Diario de sucesos notables*, v. 3, México, Porrúa, 1972, v. I, p. 157. Aunque este diarista señala que el convento era de descalzos y no de recoletos.

³² Agustín de Vetancurt, *Teatro mexicano...*, p. 133.



entre San Cosme, cerca de donde se había dado el milagro, y la parroquia de la Veracruz, bajo cuya jurisdicción estaba la casa. La decisión se echó a suertes y en una urna se pusieron las cédulas siendo la elegida, por voluntad divina, la de Nuestra Señora de la Consolación de San Cosme de los franciscanos.³³

Juan Antonio de Oviedo, muy posiblemente el autor de esta sección, escogió la segunda versión, la de Medina, con la cual explicaba uno de los nombres de la imagen; el otro, el de Nuestra Señora del Valle, lo refiere a una advocación bajo ese título que se veneraba en Itálica (Sevilla la Vieja) y “que hizo semejante milagro con otro niño ahogado”.³⁴ Para reafirmar su erudita mención citaba el *Atlas marianus*, que por otras fuentes sabemos era obra del jesuita Gulielmus Gumpfenberg; esta obra, publicada en latín en 1657, hablaba sobre las imágenes marianas “veneradas en todas las partes del mundo”. Con esta mención se desautorizaba la referencia de Vetancurt al marquesado del Valle, se le daba un timbre de erudición a la Compañía de Jesús y se ponía al mismo *Zodiaco* como un referente “autorizado” para hablar de las imágenes milagrosas.

En su *Escudo de armas*, Cayetano Cabrera Quintero corregía también la versión ya consagrada por la pluma del padre Vetancurt, pero en otro sentido. Este autor señala que en el archivo del convento existe un “testimonio auténtico” en el cual se asevera: “haber movido la Señora sus ojos de misericordia a nuestro auxilio, no tanto en este trance de la niña, como en ocasión que cantándole esta religiosa comunidad la Salve, se fervorizó tanto [la imagen] que volvió a mirarla, quedando hasta hoy de esta manera, lo que perpetuó a la posteridad su agradecimiento en un bello lienzo de este asunto”.³⁵ Sin negar el milagro de la niña salvada del pozo, el movimiento de cabeza de la imagen se vinculaba en cambio con la comunidad recoleta que administraba el santuario.

Santa María de la Redonda

A los pocos años de su arribo a la capital, los franciscanos recibieron del obispo Zumárraga la administración parroquial de los cinco barrios indígenas de la ciudad. Cuatro de ellos eran administrados

³³ Baltasar de Medina, *Crónica de la Santa Provincia de San Diego de México* [México, 1682], Fernando B. Sandoval (introd.), México, Academia Literaria, 1977, p. 16 y ss.

³⁴ Florencia y Oviedo, *Zodiaco...*, p. 138 y ss.

³⁵ Cayetano Cabrera Quintero, *Escudo de Armas...*, p. 182.

desde la capilla de San José de los Naturales, vecina al convento grande de San Francisco; la quinta lo era desde la casa-colegio que tenían en Santiago en Tlatelolco. Después de agrias disputas con el arzobispo fray Alonso de Montúfar entre 1565 y 1570, tuvieron que ceder las dos capillas orientales (San Pablo y San Sebastián) al clero secular y sólo se quedaron con la administración de San Juan Moyotlan, Santa María Cuepopan (o Tlaquechiucan) y Santiago Tlatelolco.

Para asegurarse que no volviera a suceder otro despojo, en 1589 solicitaron al virrey marqués de Villamanrique les diera la posesión oficial de esas parroquias, hecho que quedó registrado por el cronista indígena Domingo Chimalpáhin en su *Diario* el 29 de noviembre. Ocho años después los religiosos fundaban un convento vecino a la capilla parroquial de Cuepopan para asegurarse su control. De nuevo el cronista Chimalpáhin dejó asentado que: “El jueves 14 de agosto de 1597 entraron los religiosos a Santa María de la Asunción la Redonda; entraron con licencia del Santo Padre y del rey, para quedarse allí a perpetuidad. Y el domingo 19 de octubre se llevó en procesión nuestra señora Santa María que se fundó en San José”.³⁶ Esta es la primera mención que tenemos de la presencia de una imagen de la Asunción en el templo parroquial. El éxito de esta fundación no se dejó esperar y en 1612 los franciscanos ponían los cimientos para un nuevo convento y una nueva iglesia.³⁷

Unos años después, en 1615, el cronista fray Juan de Torquemada se quejaba de que, con ese desmembramiento, la parroquia de San José de los Naturales había visto disminuidas sus limosnas. Él mismo describe cómo, antes de la separación, se hacía una procesión el día de la Asunción desde San Francisco a la ermita, pero después de que se hizo parroquia independiente, “ellos hacen su celebración sin correspondencia de otros”. Es significativo que en ningún momento este cronista mencione culto alguno a una imagen

³⁶ Domingo de San Antón Chimalpáhin, *Diario*, paleografía y traducción de Rafael Tena, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2001 (Cien de México), p. 69. El cronista añade: “Entonces era provincial fray Juan Lazcano, y el primer guardián que allí se estableció fue fray Diego Tendón, con otros religiosos. Esto ocurrió en tiempos de los principales don Miguel García Ixtlahuel y Diego Sánchez, del alcalde Andrés García Cohuacuech, y de los regidores Nicolás Hernández y Matías Fernández”.

³⁷ “El sábado 8 de diciembre de 1612, fiesta de la Concepción de Nuestra Señora, en tiempos del comisario fray Juan Zurita, con una procesión muy solemne los religiosos de San Francisco enterraron oro en Santa María la Redonda en Cuepopan, a fin de señalar el sitio en que se comenzaron a poner los cimientos para construir la nueva portería, donde habría de decirse la misa mientras se construía el nuevo dormitorio y la nueva iglesia de los religiosos; y cuando ya la iban a construir se demolió la iglesia vieja”. *Ibidem*, p. 307.

milagrosa.³⁸ Tampoco lo hace en 1621 fray Luis de Cisneros, quien no incluye a Santa María la Redonda en su lista de “las milagrosas”. Sin embargo, en los veinte años siguientes, la actividad taumatúrgica de la imagen se volvió incuestionable, muy posiblemente por las necesidades del barrio de indios y de los religiosos del convento, quienes seguían haciendo procesiones con la imagen en el barrio. Esta ya era tan popular a mediados del siglo XVII que en un cuadro del pintor José Juárez, en el que describe un milagro de san Francisco, aparece representada en un lugar prominente de la habitación donde el prodigio se realiza. Es muy significativo que dicha pintura se encontrara en el convento grande de la orden en la capital y que para los religiosos que lo habitaban resultara un referente muy conocido.³⁹

Una extensa noticia de 1662 en el *Diario* de Gregorio de Guijo nos muestra que para entonces la imagen ya había adquirido una fama de milagrosa en toda la ciudad. Señala el diarista que ese año el virrey conde de Baños solicitó a los franciscanos que la imagen milagrosa de Nuestra Señora de la Asunción fuera llevada al palacio para pedirle por la salud de la virreina. Al parecer Santa María la Redonda estuvo un tiempo de visita en palacio y cuando la salud de la enferma mejoró “trataron de volver la Santa imagen a su casa [...] el lunes 14 de agosto se armó en los corredores de palacio en lo alto un altar adornado de mucha plata y cera”; la misa mayor fue cantada por importantes miembros del cabildo diocesano (Simón Esteban, Isidro Sariñana y Juan de la Peña Butrón), quienes fueron acompañados de los músicos y cantores de la capilla catedralicia. Después, a las tres de la tarde, “salió de palacio la procesión llevando en hombros la imagen de los frailes de San Francisco, y la alumbraban los hijos del virrey y sus criados, y él iba detrás de la imagen acompañado de toda la nobleza, audiencia y religiones, excepto la del Carmen”. En el camino a su santuario, la imagen entró a visitar los templos de San Francisco, Santa Isabel y la Concepción y “todas las iglesias por donde pasó repicaron y se acabó este acto a más de las seis de la tarde” y el diarista termina señalando que le acompañó toda la ciudad.⁴⁰

Esta ceremonia mostraba el prestigio que ya tenía para entonces Santa María la Redonda, lo que permitió que su iglesia fuera recons-

³⁸ Juan de Torquemada, *Monarquía indiana*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1979-1983, Libro XVII, capítulo 8, v. V, p. 340.

³⁹ Agradezco a Rogelio Ruiz Gomar esta referencia.

⁴⁰ Guijo, *Diario*, v. II, 174 y ss.

truida en 1677. Dos años después, en 1679, la imagen, que no estaba en el altar mayor sino en uno lateral, fue colocada en una capilla especialmente construida para ella por orden del comisario general de la orden fray Francisco Treviño, quien no sólo consiguió las limosnas necesarias de los fieles sino que además eligió el convento anexo como su lugar de habitación hasta su regreso a España. La virgen de la Asunción estaba colocado en un nicho en medio de un hermoso retablo dorado y la sostenían, “en los hombros y en las manos muchos ángeles de talla”.⁴¹

A fines del siglo, el cronista criollo fray Agustín de Vetancurt daba una amplia noticia de la imagen en su *Teatro Mexicano*, impreso en 1698. En él no sólo hacía una especial mención de la prodigiosa imagen, sino además informaba que en su tiempo no existía ninguna referencia a sus orígenes. Para llenar esta laguna, nos cuenta, se dedicó a preguntar a los ancianos, cuando era guardián de dicho convento, y éstos le informaron que el comisario general de los franciscanos, fray Domingo de Zequera, había mandado desde España un cajoncillo con rostro y manos de una imagen. Una india devota recibió esas piezas del guardián de Tlaquechiucan, porque tenía en su casa unos oficiales artesanos que se habían ofrecido a completar la escultura con pasta de caña, pero “yendo la matrona a visitar un día a sus oficiales, no halló más que la sagrada imagen de talla entera, el rostro esforzado y los ojos viendo al cielo, en que daba a entender que era del cielo aquella imagen”. Vetancurt agregaba que el Lunes Santo salía en procesión de su templo acompañada de caballeros de hábito y seculares “teniéndose por infeliz el que aquel día no vido la cara de tan milagroso bulto”. Se le sacaba con motivo de las sequías y de los incendios, como el de la iglesia de San Agustín, de 1676, que se aplacó con la llegada de la imagen. En 1670 y 1696 fue sacada en procesión solemne para pedir lluvias y se la llevaba a los conventos de monjas de la orden, Santa Isabel y Santa Clara.⁴² Durante la Semana Santa su procesión llevaba más de 4000 luces.

El *Zodiaco mariano* repite estas narraciones casi con las mismas palabras, matizando solamente la descripción de su factura, que Vetancurt parecía atribuir a unos oficiales huidizos y no a un verdadero milagro. El autor de estos agregados, muy posiblemente Juan Antonio Oviedo, señalaba: “estando la obra todavía muy imperfecta [los oficiales] la pusieron en un aposento bien cerrado, guardándola

⁴¹ Florencia y Oviedo, *Zodiaco...*, p. 136.

⁴² Agustín de Vetancurt, *Teatro mexicano...*, p. 132 y ss. Fray Rodrigo de Zequera fue comisario entre 1575 y 1582.

por algunos días mientras la materia se secaba. Al cabo de ellos, entrando en el aposento, hallaron la estatua perfectamente acabada como hoy está”. Con este agregado, la imagen pasaba a convertirse en una escultura prodigiosa que se había construido a sí misma. El mismo autor añade también otro dato curioso sobre las procesiones de Semana Santa: “siendo innumerable el concurso de la gente que la acompaña, especialmente mujeres; son muchísimas las que van con velas de cera encendidas”.⁴³ La noticia parecería confirmar que el culto estaba muy arraigado para entonces.

Sin embargo, la descripción de Oviedo contrasta con la que hace su contemporáneo Cayetano Cabrera Quintero quien señalaba en su *Escudo de Armas* que la cabeza de la imagen había sido robada a fines del siglo XVII y unos “ensambladores” le colocaron una nueva en sustitución, lo que hizo exclamar al pintor Juan Correa: “No eres tu Señora, no eres tú”; y el cronista agrega: “como que la hubiera variado del todo quien le había quitado la cabeza”. El comentario final, en un autor por demás crédulo como él, es aún más curioso: “Y aún a este degüello lastimoso ha querido atribuirse lo muerto que se ve hoy el séquito y culto de esta imagen, y no ser ya ni sombra del que fue”.⁴⁴

Muy posiblemente este decaimiento del culto fue la causa para que otro comisario general de los franciscanos, fray Fernando Alonso González, desde el inicio de su gestión en 1723 se interesara por remozar la capilla de la Virgen, enriqueciéndola con joyas y objetos preciosos, y le mandara construir una nueva capilla en forma circular (“como el panteón de Roma”) iniciada en 1730. Decorada con vistosos azulejos y “corpulentos espejos”, la construcción sirvió para guardar la imagen que fue colocada en una “cristalina vidriera de tres varas”. El peso de la obra afectó el presbiterio del viejo templo, por lo que fue necesario reforzarlo con “pilastras, cadenas, soleras y arbotantes”. Al igual que el padre Treviño, este nuevo comisario también eligió el convento de Santa María como lugar de su residencia, espacio donde murió en 1734. Es muy significativa la presencia de los comisarios como impulsores del culto (recuérdese que un comisario estaba mencionado en sus orígenes) y que sus promotores hayan elegido para vivir el convento anexo al santuario y no San Francisco el Grande como era la costumbre.⁴⁵

⁴³ Florencia y Oviedo, *Zodiaco...*, p. 136. Pienso que este texto debe atribuirse a Juan Antonio Oviedo pues en él se señala: “poco ha que [esta doctrina franciscana] se convirtió en parroquia y curato de clérigos”.

⁴⁴ Cayetano Cabrera Quintero, *Escudo de Armas...*, p. 257.

⁴⁵ Lino Gómez Canedo, “Evangelización y conquista...”, p. 331 y ss. Sahagún de Arévalo y Castorena, *La Gaceta de México*, Noticia del 2 de enero de 1735, v. II, p. 229 y ss.

No sabemos qué efecto tuvo este último impulso renovador de la capilla en el culto, pero las palabras de Cayetano Cabrera sobre su decaimiento nos hacen pensar en un enfriamiento de la devoción. Dicho autor incluso tiene palabras muy duras para la renovación promovida por el padre González: “Ya no había lugar para un sepulcro en su capacísimo templo [a causa de la epidemia...] porque añadiéndose a este común daño la obra de una mal reglada y voluntaria arquitectura, en la circular fábrica y corrida bóveda de un Camarín que censuró el arte, horno monstruoso o baño que llaman Temaxcalli los indios, destrozó la otra fábrica y lleva la misma pena en su derribo, quedando sin uno y sin otro”. El mismo autor nos habla a continuación de la gran mortandad que hubo en el barrio durante la epidemia de 1737, tanta que se olvidaron las continuas peleas a pedradas que sus habitantes tenían con los de Tlatelolco.⁴⁶

En 1753, con la muerte del fraile que se hacía cargo de la parroquia, ésta se secularizó por orden episcopal como parte de la campaña general que se llevaba por entonces en la Nueva España. A pesar de las continuas peticiones de los franciscanos para que se les restituyera en el curato, a partir de entonces éste sería administrado por el clero secular. Sin embargo, la parroquia, como toda la zona noroeste de la capital estaba muy despoblada a causa de la epidemia y de la emigración.⁴⁷ Con todo, la imagen no había dejado de tener culto y, según el diarista Castro Santa Ana, cuatro años después de la secularización ésta era llevada en andas por las calles: “La tarde del 4 [de abril de 1757] salió la procesión de la Divina Señora y milagrosa imagen de nuestra Señora de la Asunción, conocida por nuestra Señora Santa María de la Redonda”.⁴⁸

La Virgen de la Macana

La última referencia que hace el *Zodiaco mariano* sobre imágenes milagrosas de la ciudad de México es la de la virgen de la Macana, devoción íntimamente ligada a las misiones del norte y a la rebelión de Nuevo México. Juan Antonio de Oviedo, autor indiscutible de esta

⁴⁶ Cayetano Cabrera Quintero, *Escudo de Armas...*, p. 254.

⁴⁷ María Teresa Álvarez Icaza, “Los indios y las ciudades de Nueva España. La secularización de doctrinas de indios en la ciudad de México”, en Felipe Castro (coord.), *Los indios y las ciudades de Nueva España*, México, Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Nacional Autónoma de México, 2010, p. 303-325, p. 311.

⁴⁸ José Manuel de Castro Santa Ana, *Diario de sucesos notables*, en *Documentos para la historia de México*. México, Imprenta de Juan R. Navarro, 1854, v. VII, p. 119.

parte, señala que su primera factura fue la de una escultura de bulto, traída a México por los franciscanos en el siglo XVI, copia de una virgen del Sagrario venerada en Toledo. La alusión a esta última imagen estaba sacada de Vetancurt, quien señalaba en su *Teatro* que en Nuevo México se le veneraba y que había curado a la hija del alguacil mayor de Santa Fe. Sin embargo, el cronista franciscano en ninguna parte mencionaba el culto a una virgen de la Macana, por lo que seguramente en 1698 dicha devoción no existía aún en el ámbito franciscano y ésta debió desarrollarse hasta las primeras décadas del siglo XVIII, siendo alrededor de 1750 que la leyenda quedó fijada.

Oviedo, quien la recogió poco antes de concluir la obra, describe la imagen acompañando a fray Marcos de Niza en su expedición al norte, y trasladándose después, en 1596, con el grupo explorador a las órdenes de Juan de Oñate, conquistador de Nuevo México, en donde permaneció siendo objeto de gran veneración. En 1680, con motivo del alzamiento indígena que provocó la muerte de 21 franciscanos, la imagen fue partida por la mitad debido a un golpe de macana de un indio rebelde, hecho que le dio su nombre popular. El *Zodiaco* agregaba: “No sufrió el cielo sacrilegio tan execrable sin enviar inmediatamente al impío agresor el castigo. Porque según constante tradición apareció a vista de todos un demonio, que arrebatando al sacrílego malhechor lo ahorcó de un árbol de aquel campo, aunque otros dicen que él mismo, como otro Judas, desesperado se colgó”. El cronista prosigue narrando que dos misioneros sobrevivientes tomaron la imagen y la llevaron al pueblo de Tlalnepantla, donde se le construyó una “suntuosa capilla”. Allí permaneció hasta el 26 de enero de 1755 cuando, a raíz de la secularización de dicha doctrina, fue trasladada al convento grande de San Francisco de la capital, en cuya capilla del noviciado “al presente es venerada”. La narración termina con el milagro acaecido durante la traslación de la Virgen al atrio de su nueva casa: “cuando se repicaban las campanas se quebró la lengüeta o badajo de una esquila, y cayendo de la torre sobre el numeroso gentío, a ninguna persona hizo daño alguno”.⁴⁹

El mismo año que salía impreso el *Zodiaco*, el franciscano fray Felipe Montalvo daba a las prensas un *Novenario* que, además de varias oraciones, traía una pormenorizada relación de la historia y los milagros de dicha imagen.⁵⁰ Esta fue sin duda la fuente de donde

⁴⁹ *Ibidem*, p. 170.

⁵⁰ Felipe Montalvo, *Novena de la purísima madre de Dios y Virgen Inmaculada María en su santísima imagen, con título de Nuestra Señora de la Macana, que se venera en el convento*

Oviedo sacó su información, pues en ella aparecen todos los referentes señalados en el *Zodiaco* salvo uno: mientras que Oviedo dice que la cabeza de la imagen quedó dividida y hasta hoy no se han podido unir las dos partes, en la versión de Montalvo el golpe no pudo destruir la belleza del rostro y sólo dejó una pequeña señal, como herida, en la frente.

Ilona Katzew, quien ha estudiado esta devoción, hace referencia a varios grabados y a tres pinturas donde aparecen representados, tanto los frailes muertos durante la rebelión, como el indio sacrílego ahorcado y la pequeña hendidura en la frente de la imagen, lo cual la convertía en mártir. Para esta autora, el gran impulso que se dio al culto en la segunda mitad del siglo XVIII se debió tanto al traslado al convento de San Francisco (y después al altar mayor de su iglesia) y a la novena de Montalvo, como al hecho de que los franciscanos buscaban reivindicar su labor evangelizadora frente a los ataques de que eran objeto por parte de las autoridades borbónicas después de que sus doctrinas fueron secularizadas. Desde el siglo XVII los religiosos se quejaban de los abusos cometidos por los gobernadores de Nuevo México contra los indios y los frailes, abusos que en el siglo XVIII se extendían ya a todas las regiones del continente; por ello, impulsar la devoción a esa imagen tenía una clara intención política al señalar que los frailes y la Virgen no sólo habían sido mártires de la rebelión indígena, lo eran ahora de las abusivas autoridades virreinales.⁵¹

Epílogo

Lo que se puede desprender por los casos analizados es la recurrencia de dos fenómenos: uno relacionado con el nacimiento y evolución del culto; el otro vinculado con el surgimiento de una identidad patriótica criolla dentro de la cual la narración de prodigios tenía una función fundamental. Respecto al primer tema podemos concluir que las imágenes milagrosas surgieron en espacios en los que era necesario reforzar la sacralidad de los templos o de las instituciones que funcionaban en ellos. En las casas recoletas de La Piedad y San Cosme porque la exigencia de vida contemplativa

de N-P. San Francisco de México: con una breve relación de la misma sacratísima imagen, México, Herederos de Doña María de Ribera, 1755.

⁵¹ Ilona Katzew, "La Virgen de la Macana. Emblema de una coyuntura franciscana", *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, n. 72 (1998), p. 39-69.

implicaba la prohibición de ejercer actividades pastorales, por lo que la imagen se volvía un imán para las limosnas sin necesidad de hacer ningún esfuerzo distractor del recogimiento. En el caso de Santa María la Redonda la imagen servía para fortalecer la presencia parroquial de los franciscanos y en el de la virgen de la Bala, para reforzar las limosnas con miras a mantener un pobre hospital de leprosos. La virgen de la Macana, llegada a México después de la secularización de la doctrina de Tlalnepantla, permitía al convento de San Francisco resarcirse de la pérdida de sus parroquias urbanas, pero también defenderse de los ataques de sus enemigos que consideraban finiquitada su labor evangelizadora.

En casi todos los casos debemos insistir en que la presencia de la imagen promovió la remodelación del templo o la erección de una nueva capilla para la veneración del objeto sagrado. Sin duda la posición geográfica de algunos de esos santuarios, como La Piedad y San Cosme, situados en dos importantes calzadas de ingreso a la capital, también incidió en su éxito y proyección. De alguna manera en todas esas imágenes milagrosas hay un elemento económico, pero no debemos olvidar que una devoción se expande no sólo a partir de la promoción de los miembros del clero sino, y sobre todo, por la aceptación, difusión e interés de los fieles, quienes finalmente eran los usuarios de tales cultos a los que veían como una solución a sus apremiantes necesidades cotidianas. No resulta por tanto gratuito que, en la mayor parte de los casos, su presencia milagrosa se diera en los barrios indígenas, los más pobres y necesitados de tales milagros.

Una segunda lectura sobre estas imágenes nos muestra la construcción de un entramado simbólico que tiene su culminación en el *Zodiaco mariano* de Florencia y Oviedo. Para estos escritores Nueva España en general y la ciudad de México en particular, eran, sin lugar a dudas, espacios elegidos por la divinidad para manifestarse, y sus imágenes milagrosas los hacían los lugares más destacados de la tierra. Para ellos esos íconos constituían una muestra de los favores divinos concedidos al reino y a su capital, una manifestación de la unidad de la fe que existía en Nueva España y de su carácter de pueblo elegido, de una segunda Jerusalén, del paraíso en la tierra⁵² (Véase cuadro 1).

⁵² Antonio Rubial, *El paraíso de los elegidos. Una lectura de la historia cultural de Nueva España (1521-1804)*, México, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional Autónoma de México, Fondo de Cultura Económica, 2010.

Cuadro 1

LAS IMÁGENES DE LA VIRGEN EN LA CIUDAD DE MÉXICO EN EL ZODIACO MARIANO (1755)

<i>Imagen</i>	<i>Tipología</i>	<i>Origen milagro</i>	<i>Templo</i>
N. S. Guadalupe*	Inmaculada	Pintada por Dios	Santuario Tepeyac
N. S. los Remedios*	Virgen con el Niño	Aparecida	Santuario Totoltepec
N. S. de la Bala	Inmaculada	Protectora tragedia	Hospital San Lázaro
N. S. de la Piedad*	Dolorosa	Autorenovada	La Piedad (OP)
S. María la Redonda	Asunción	Autorenovada	Parroquia (OFM)
N. S. del Valle*	Virgen con el Niño	Protectora tragedia	San Cosme (OFM)
N. S. de la Merced*	Virgen con el Niño	Ninguno especial	Iglesia de la Merced
N. S. del Rosario*	Virgen con el Niño	Ninguno	Iglesia Sto. Domingo
N. S. del Tránsito*	Dormición	Ninguno	Col. San Pablo (OSA)
N. S. de la Paz*	Virgen con el Niño	Ninguno	San Agustín (OSA)
N. S. Concepción*	Inmaculada	Ninguno (Repetida?)	La Concepción (M)
Sin Nombre*	Desconocida	Ninguno	S. María de Gracia (M)
N. S. Buen Suceso	Virgen con el Niño	Ninguno	S. Bernardo (M)
N. S. de Asunción*	Asunción	Ninguno	Catedral
N. S. Concepción	Inmaculada	Ninguno	Catedral
N. S. de la Fuente	Virgen con el Niño	Ninguno	Regina Coeli (M)
Santa. María la Mayor	Virgen con el Niño	Ninguno	S. Pedro y S. Pablo (J)
N. S. de los Dolores	Dolorosa	Ninguno	S. Pedro y S. Pablo (J)

N. S. de la Antigua	Virgen con el Niño	Ninguno	S. Pedro y S. Pablo (J)
N. S. de la Luz	Virgen con el Niño	Ninguno	San Andrés (J)
N. S. de Loreto	Virgen con el niño	Ninguno	S. Pedro y S. Pablo (J)
N. S. Concepción	Inmaculada	Ninguno	S. Pedro y S. Pablo (J)
N. S. Concepción	Inmaculada	Sudoración Malinalco	S. Pedro y S. Pablo (J)
Sin Nombre	Virgen con el Niño	Ninguno	La Profesa (J)
N. S. de Loreto	Virgen con el Niño	Ninguno	La Profesa (J)
N. S. de Loreto	Virgen con el Niño	Ninguno	San Gregorio (J)
N. S. las Angustias	Dolorosa	Ninguno	Hospital Amor de Dios
N. S. las Maravillas	Inmaculada	Ninguno	Hospital de Jesús
N. S. del Coro	Desconocida	Ninguno	S. Catalina de Siena (M)
N. S. de las Lágrimas	Inmaculada	Ninguno	Catedral
N. S. de Guadalupe	Inmaculada	Incorruptible	San Jerónimo (M)
N. S. Concepción	Inmaculada	Ninguno	La Concepción (M)
N. S. de la Macana	Virgen con el niño	Golpeada vengativa	San Francisco (OFM)

Siglas: N. S. Nuestra Señora; OP, Orden de predicadores (dominicos); OFM, Orden de frailes menores (franciscanos); OSA, Orden sacerdotal agustiniana; J, Jesuitas (Compañía de Jesús); M, Convento de monjas.

* Imágenes incluidas en el libro de fray Luis de Cisneros, *Historia del principio y origen* (1621). Florencia no incluyó en su lista la virgen del Tránsito, del Hospital de los Desamparados, que atendían los hermanos juaninos y que aparece en Cisneros.

